

**El invierno de
mi desazón**
John Steinbeck

NÓRDICA LIBROS

colecciónnotraslatitudes

NÓRDICA LIBROS

El invierno de mi desazón

John Steinbeck

Traducción de
Miguel Martínez-Lage

Nørdicalibros
2018

Título original: *The Winter of Our Discontent*

© John Steinbeck, 1961

Copyright renovado: Elaine Steinbeck, Thom Steinbeck
y John Steinbeck IV, 1989

© De la traducción: Herederos de Miguel Martínez-Lage

© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.

Avenida de la Aviación, 24, bajo P CP: 28054 Madrid
Tlf: (+34) 917 055 057 - info@nordicalibros.com
www.nordicalibros.com

Primera edición en Nórdica Libros: noviembre de 2018

ISBN: 978-84-17281-76-2

Depósito Legal: M-34149-2018

IBIC: FA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos

(Salamanca)

Diseño de colección: Filo Estudio

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Beth, mi hermana,
cuya llama arde con claridad*

NÓRDICA LIBROS

A los lectores que pretendan identificar las personas y lugares de ficción que aquí se describen, más les valdría inspeccionar sus propias comunidades y registrar a fondo sus propios corazones, porque este libro trata sobre una gran parte de Norteamérica tal como es a día de hoy.

PRIMERA PARTE

1

Al despertar con la luz clara y dorada de una mañana de abril, Mary Hawley se volvió hacia su marido y se lo encontró haciendo una mueca de sapo con los dos meñiques metidos en la boca.

—Tonto... —le dijo—. Ethan, te has despertado con tu genio cómico a punto.

—Ratoncita, ratoncita... ¿Te quieres casar conmigo?

—¿Tan tonto te has despertado hoy?

—El año está en el día, y el día en la mañana.

—Sí, ya veo que sí. ¿Te acuerdas de que es Viernes Santo?

—Ya forman marciales los perversos romanos, prietas las filas —dijo ahuecando la voz—, para acudir al Calvario.

—No seas sacrílego, anda. ¿Te dejará Marullo cerrar la tienda a las once?

—Querido pimpollito mío: Marullo es católico y es un espagueti. Lo más probable es que ni siquiera asome la nariz por la tienda. Cerraré al mediodía, y tendré la tienda cerrada hasta que termine la ejecución.

—Así solo hablan los peregrinos, los puritanos. No tiene ninguna gracia.

—Eso son bobadas, lentejita. Eso proviene de mi familia materna. Son cosas de piratas. Además, aquello fue una ejecución en toda regla, ya lo sabes.

—No eran piratas. Tú mismo has dicho mil veces que eran balleneros, y que además tenían cartas de no sé quién

del Congreso Continental, los primeros en declararse en rebeldía contra Inglaterra.

—Los barcos contra los cuales hicieron fuego sí creyeron que eran piratas. Y los soldados romanos de infantería también creyeron que era una ejecución.

—Ya veo que solo he conseguido enfadarte. Me gustas más cuando te haces el tonto.

—Es que yo era un tonto. Eso lo sabe cualquiera.

—Siempre me confundes. Tienes todo el derecho del mundo a sentirte orgulloso. Mira que tener en la misma familia a los padres peregrinos de la nación y a los capitanes balleneros...

—¿Y ellos? ¿Tienen derecho?

—¿Derecho a qué? No te sigo.

—A sentirse orgullosos. ¿Se sentirían orgullosos mis grandiosos ancestros si supieran que su descendiente no es más que un triste dependiente en una maldita tienda que es propiedad de un espagueti, en una ciudad de la que ellos fueron dueños?

—Eso no es verdad. Tú eres más bien el gerente del establecimiento. Llevas las cuentas, depositas el dinero en el banco, haces los pedidos...

—Ya, desde luego. Y también me encargo de barrer la tienda, de sacar la basura y de hacer reverencias y contestar amén a todo lo que dice Marullo. Y si fuera un gato, tendría que cazarle a Marullo los malditos ratones.

—Anda, hazte el tonto —dijo ella rodeándolo con los brazos—. Y no digas palabrotas, por favor, que estamos en Viernes Santo. Sabes que te amo.

—Estupendo —repuso él al cabo de un instante—. Eso es lo que dicen todas. Pero no vayas a pensarte que eso te da derecho a acostarte en pelota picada con un hombre casado.

—Iba a decirte lo de los chicos.

—¿Los han metido en la cárcel?

—Ya te estás haciendo el tonto otra vez. Mejor será que te lo digan ellos mismos.

—¿Por qué no...?

—Margie Young-Hunt me va a echar las cartas otra vez.

—¿Que te va a echar las cartas? ¿Como si fueras un buzón de correos? ¿Quién es esa tal Margie Young-Hunt? ¿Qué tendrá, que todos nuestros galanes...?

—¿Sabes? Si yo fuera celosa... Ya sabes lo que se suele decir cuando un hombre hace como que no se da cuenta de que hay una muchacha bonita...

—Ah, acabáramos. ¿Una muchacha, dices? Pero si ha tenido dos maridos.

—El segundo se le murió.

—Quiero el desayuno. ¿Tú te has creído esas historias?

—Bueno, Margie vio lo de mi hermano en las cartas. Una persona cercana y muy querida, me dijo.

—Pues yo sé de una persona muy cercana y muy querida que se va a llevar un puntapié en el trasero como no se ponga en marcha.

—Ya voy. ¿Quieres huevos?

—Supongo. ¿Por qué lo llamarán Viernes Santo? ¿Qué tendrá de santo un viernes cualquiera?

—¡Oh, basta! —dijo—. Siempre estás de broma.

El café estaba listo y los huevos revueltos en un cuenco, con una tostada al lado, cuando Ethan Allen Hawley se sentó en el comedor junto a la ventana.

—Me siento fenomenal —dijo—. ¿Por qué lo llamarán Viernes Santo?

—Por la primavera —repuso ella desde la cocina.

—¿Viernes de primavera?

—Fiebre de primavera. ¿Se han levantado los chicos?

—Ni lo sueñes. Vaya par de cabroncetes perezosos. Vayamos a levantarlos y les damos una buena tunda.

—Te pones terrible cuando te haces el tonto. Y no me gusta nada que hables así. ¿Vendrás a casa a mediodía?

—Qué va.

—¿Por qué?

—Las damas. Tengo que verme a escondidas con algunas. A lo mejor esa Margie...

—Ethan, ni se te ocurra decir una cosa así. Margie es una buena amiga. Es capaz de regalarte hasta la camisa que lleva puesta.

—¿Sí? ¿Y de dónde ha sacado la camisa?

—Ya vuelves a hablar otra vez como los peregrinos.

—Me apuesto lo que quieras a que somos parientes.

Por sus venas corre sangre de una familia pirata.

—¡Tonto! Toma, aquí tienes la lista de la compra. —Se la metió en el bolsillo de la chaqueta—. Parece muy larga, pero es que es el fin de semana de Pascua, tenlo en cuenta. Ah, y dos docenas de huevos, no lo olvides. Vas a llegar tarde.

—Ya lo sé. A lo mejor pierdo una venta de chicha y nabo. Que se aguante Marullo. ¿Por qué quieres dos docenas?

—Para pintarlos. Los han pedido Allen y Mary Ellen. Venga, ya va siendo hora de que te vayas.

—De acuerdo, coliflor... Pero ¿puedo subir a darles una paliza a los chicos?

—Los malcrías demasiado, Ethan. Sabes de sobra que sí.

—¡Adiós, oh nave de mi patria! —dijo, y cerró de un portazo la mosquitera tras salir a la mañana entre verde y dorada.

Se volvió tras dar unos cuantos pasos para mirar la espléndida casa antigua, que también fuera de su padre y de

su abuelo; era una casa de madera pintada de blanco con ensambladuras marineras, un tragaluz en forma de abanico sobre la puerta, ornamentos arquitectónicos al estilo de los hermanos Adam y un mirador en el tejado. Estaba casi engastada en el jardín verdeciente, entre lilos que tenían cien años de antigüedad, gruesos como la cintura de un hombre y ya plagados de brotes. Los olmos de Elm Street se unían por las copas y empezaban a amarillear gracias a las hojas nuevas. El sol acababa de asomar por encima del edificio del banco y arrancaba destellos de la plateada torre del gas. Del Puerto Viejo llegaba el olor a algas y a salitre.

Solo se encontró con otro ser vivo por Elm Street: el setter rojo del señor Baker, el perro del banquero, Red Baker, que se movía con lenta dignidad y se detenía aquí y allá a olisquear la lista de visitantes grabada en los troncos de los olmos.

—Buenos días, señor. Me llamo Ethan Allen Hawley. Nos hemos visto antes, orinando en otra parte.

Red Baker se detuvo y respondió al saludo con un lento meneo de su cola empenachada.

—Estaba mirando mi casa —siguió diciendo Ethan—. En aquellos tiempos sí que sabían construir.

Red ladeó la cabeza y se rascó las costillas con una de las patas traseras.

—¿Y por qué no iban a saber, eh? Tenían todo el dinero necesario. Grasa de ballena de los siete mares, esperma... ¿Tú sabes lo que es el esperma de cachalote?

El perro emitió un suspiro quejumbroso.

—Ya veo que no. Pues se trata de un aceite ligero, que tiene un delicado olor a rosas, y que se extrae de la cavidad de la cabeza del cachalote. Tienes que leer *Moby Dick*, perro. En serio, te lo aconsejo de veras.

El setter levantó la pata junto a la reja de hierro forjado que cerraba la alcantarilla.

Al volverse y disponerse a seguir su camino, Ethan le habló por encima del hombro:

—Y no dejes de escribir un informe sobre el libro. Así podrías darle lecciones a mi hijo. Ni siquiera sabe cómo se escribe esperma, ni... Ni nada.

Elm Street desemboca en High Street formando un ángulo a dos manzanas de la casa de Ethan Allen Hawley. A mitad de camino de la primera manzana, una bandada de lincoyente de gorriones ingleses se peleaban por el césped a punto de brotar ante la casa de Elgar. No jugaban, sino que se revolcaban y se lanzaban picotazos los unos a los otros, a los ojos, con tanta ferocidad y semejante algarabía que ni siquiera se percataron de la presencia de Ethan. Este se detuvo a contemplar la batalla.

«Los pájaros en el nido de acuerdo están —se dijo—. ¿Por qué será que nosotros no lo estamos jamás? Esa sí que es una buena patraña. Chicos, chicos, ¿ni siquiera podéis llevaros bien en una mañana tan espléndida? Y pensar que sois vosotros los cabronazos con los que tan bien se portaba san Francisco... ¡Joder!».

Echó una carrera corta y la emprendió con ellos a puntapiés. Los gorriones levantaron el vuelo con un atronador susurro de alas batidas, quejándose amargamente con sus vocecillas como puertas que chirrían.

—¡Pues a ver si os enteráis de una cosa! —dijo Ethan tras ellos—. Al mediodía se oscurecerá el sol y caerán las tinieblas sobre la tierra y todos tendréis terror de veras.

Volvió a la acera y siguió su camino.

La vieja casa de Phillips, en la segunda manzana, es ahora una pensión. Joey Morphy, cajero del First National Bank, salió por la puerta de la calle. Se limpiaba los dientes con un palillo; se enderezó el chaleco al ver a Ethan.

—Hola —le dijo—. Estaba a punto de llamarlo, señor Hawley.

—¿Y por qué lo llamarán Viernes Santo?

—Eso viene del latín —dijo Joey—. *Sanctus, sanctilius, sanctum*. Que significa que vaya porquería.

Joey tenía cara caballuna y sonreía como un caballo, levantando el largo bello superior para dejar a la vista sus dientes grandes y cuadrados. Joseph Patrick Morphy, Joey Morphy, el bueno de Joey el Morpho, era un tipo de veras popular si se tenía en cuenta que solo llevaba unos cuantos años en New Baytown. Era un bromista que soltaba sus chistes y sus chanzas con la mirada velada, como un jugador de póquer, y que relinchaba al reír los chistes ajenos, tanto si los conocía de antes como si no. Era un tipo sabio, un vivales era el Morpho; estaba al corriente de todo y lo sabía todo sobre medio mundo, desde la mafia hasta lord Mountbatten, pero todo lo soltaba marcando la entonación, casi como si más que afirmar algo hiciera una pregunta. Así conseguía no parecer un listillo y su oyente se sentía parte del asunto, que luego podía repetir por ahí como si fuera de su propia cosecha. Joey era un tío fascinante: un verdadero jugador, aunque nadie le había visto hacer nunca una apuesta; era un buen contable, un excelente cajero de banco. El señor Baker, presidente de la sucursal del First National, tenía tal confianza en Joey que dejaba en sus manos casi todo el trabajo. El Morpho conocía íntimamente a todo hijo de vecino, pero jamás llamaba a nadie por su nombre de pila. Ethan era el señor Hawley. Margie Young-Hunt era para Joey la señora Young-Hunt, aunque se rumoreaba que se acostaba con ella. No tenía familia, no tenía parientes, vivía solo en dos habitaciones con baño privado de la vieja casa Phillips, comía casi siempre en el Foremaster Grill. El señor Baker conocía al dedillo su trayectoria de empleado de banca, que era intachable;

sin embargo, Joey tenía una curiosa manera de contar cosas que le habían ocurrido a otro, por lo cual uno tendía a sospechar que en realidad le habían ocurrido al propio Joey, en cuyo caso la verdad era que conocía mucho mundo. Como no se jactaba de sus andanzas, la gente aún lo apreciaba más. Siempre llevaba las uñas inmaculadas, vestía con elegancia, siempre gastaba una camisa limpia y los zapatos recién lustrados.

Los dos caminaron juntos por Elm Street, en dirección a High Street.

—Hace tiempo que tengo ganas de hacerle una pregunta: ¿es usted pariente del almirante Hawley?

—¿No se referirá más bien al almirante Halsey? —preguntó Ethan a su vez—. Hemos tenido abundantes capitanes de barco en la familia, pero no tenía noticia de que también hubiera un almirante.

—Ah, como tengo entendido que su abuelo era capitán de un ballenero, supongo que lo relacioné con el almirante, claro.

—Una ciudad como esta tiene sus propios mitos —dijo Ethan—. Por ejemplo, se cuenta que en la familia de mi padre hubo algunos piratas hace ya tiempo, y que mi familia materna desciende en línea directa de los peregrinos del Mayflower.

—Ethan Allen... ¡Dios mío! —dijo Joey—. ¿También es pariente suyo?

—Puede ser. Sí, seguro —dijo Ethan—. En fin, vaya día más hermoso. ¿Recuerda otro igual? Por cierto, ¿qué dijo que quería decirme?

—Ah, sí. Supongo que cerrará usted la tienda de doce a tres. ¿Podría prepararme un par de sándwiches a eso de las once y media? Yo me encargo de pasar a recogerlos, Y un cartón de leche.

—¿No cierra el banco?

—El banco sí, pero yo no. El pobre Joey se quedará al pie del cañón, encadenado a los libros de asiento. Los fines de semana como este, con festividades a lo grande, vienen todos en grupo a cobrar cheques de ventanilla.

—Nunca se me había ocurrido —dijo Ethan.

Desde luego. Por Pascua, el último lunes de mayo, festividad en recuerdo de los caídos en la guerra; el 4 de julio, el Día del Trabajo... Cualquier fin de semana largo pasa lo mismo. Si yo quisiera asaltar un banco, lo haría justo antes de un fin de semana largo. Ahí está toda la pasta, bien puesta en caja, a la espera del guapo que quiera venir a llevársela.

—¿Alguna vez ha sido víctima de un atraco, Joey?

—No. Pero tenía un amigo al que le pasó dos veces.

—¿Y qué dijo?

—Pues que pasó miedo. Hizo todo lo que le dijeron. Se tendió boca abajo en el suelo y dejó que se llevaran la pasta. A fin de cuentas, según dijo, el dinero tenía mejor seguro que él mismo.

—Le llevaré yo mismo los sándwiches cuando cierre. Llamaré a la puerta de atrás. ¿Cómo los quiere?

—No se tome la molestia, señor Hawley. Ya cruzaré yo por el callejón. Uno de jamón y uno de queso con pan de centeno, lechuga y mayonesa si puede ser, y un cartón de leche y, ya puestos, una Coca-Cola para más tarde.

—Tengo un salami excelente. Quiero decir, cosas de Marullo.

—No, gracias. ¿Cómo le van las cosas a esa mafia uni-personal?

—Supongo que bien.

—La verdad, aunque a uno no le caigan bien los *italianinis*, hay que admirar a un hombre que fue capaz de con-

vertir un carrito de chucherías, un puesto ambulante, en todo lo que tiene ahora. Es un tío listo. La gente ni siquiera se imagina cuánto tiene en salmuera. No sé, tal vez no debería decírselo. Los banqueros no deben abrir la boca cuando se trata de los ahorros de sus clientes.

—Pues no me diga nada.

Habían llegado a la esquina en donde Elm Street forma un ángulo con High Street. Automáticamente se detuvieron y se volvieron los dos para admirar la ruina de ladrillo y yeso rosa en que se había convertido el viejo Bay Hotel, que estaba en proceso de demolición para construir en el solar un nuevo Woolworth. La pala excavadora pintada de amarillo y la alta grúa de la que pendía la maza estaban calladas como dos depredadores en silencio, al acecho, de buena mañana.

—Eso es algo que siempre he querido hacer —dijo Joey—. Debe de ser emocionante balancear esa bola de acero y ver caer de pronto un muro entero.

—Yo ya vi bastantes demoliciones en Francia —dijo Ethan.

—Sí, he visto su nombre en el monumento, a la orilla del mar.

—¿Llegaron a detener a los ladrones que atracaron a su amigo? —Ethan estaba seguro de que el amigo no era otro que el propio Joey. Cualquiera lo hubiera dicho.

—Claro que sí. Los cogieron como a ratas. Es una suerte que los ladrones no sean listos. Si Joey escribiese un manual sobre cómo asaltar un banco, los polis nunca pillarían a nadie.

Ethan se echó a reír.

—¿Cómo lo enfocarías?

—Tengo mis fuentes de información, señor Hawley. Yo leo los periódicos. Pero es que además conocía bastante bien

a un tío que trabajaba para la policía. ¿Quiere que le dé la charla por dos dólares?

—Tendrá que ser solo por cincuenta centavos. He de abrir la tienda.

—Damas y caballeros —dijo Joey—, esta mañana estoy ante ustedes... No, verá: ¿cómo se detiene a los ladrones de bancos? Número uno, por los antecedentes: ya los han pillado antes. Número dos, porque se pelean por las ganancias y alguno lo echa a perder. Número tres, por las mujeres. No son capaces de dejar a las mujeres en paz, y eso conduce al número cuatro: de algún modo tienen que gastarse toda esa pasta. Usted vigile a los que nadan en la abundancia de repente y ya los tiene.

—Así pues... ¿Cuál es su método, señor profesor?

—Tan sencillo como darle la vuelta a un calcetín. Se trata de hacer todo lo contrario. No se le ocurra asaltar un banco si ya lo han detenido antes o si tiene antecedentes por otros motivos. Nada de socios. Hágalo solo. No se lo diga a nadie, a nadie. Olvídese de las mujeres. Y no se gaste la pasta. Guárdela. Guárdela quizás durante unos cuantos años. Entonces, cuando disponga de una buena excusa para tener algún dinero, vaya sacándolo poco a poco a relucir. E inviértalo. No lo gaste.

—¿Y si alguien reconoce al ladrón?

—Si se cubre la cara y no abre la boca, ¿quién lo va a reconocer? ¿Ha leído usted alguna vez las descripciones de los testigos? Están todos chalados. Mi amigo el policía dice que a veces, cuando le tocaba ponerse entre los sospechosos para una ronda de reconocimiento, lo elegían a él una y otra vez. La gente juraba y perjuraba que era él quien robó el banco. Ahí tiene: son cincuenta centavos, por favor.

Ethan se metió la mano en el bolsillo.

—Se lo voy a tener que dejar a deber.